

Derominin

• 10 • céntimos

AÑO III

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Catequístico de Zaragoza.
Revista para los jóvenes.

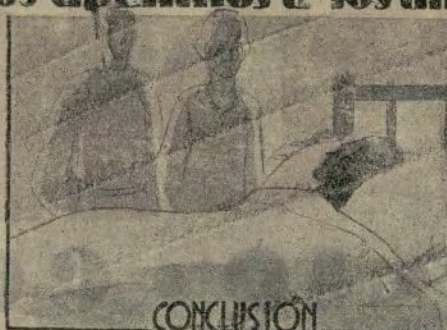
MADRID

NUM. 106



EN LA SELVA CIVILIZADA El patio de una cárcel.
Ayuntamiento de Madrid

de los apeninos a los andes



CONCLUSIÓN



le tengo para sufrir inútilmente. Gracias, señor médico. Así está dispuesto. Déjeme morir tranquila.» El médico, desanimado, desistió. Nadie pronunció una palabra más. Entonces la mujer volvió el semblante hacia su ama y le hizo con voz moribunda sus postreras súplicas. «Mi querida y buena señora—dijo con gran trabajo, sollozando—: usted mandará los pocos cuartos que tengo y todas mis cosas a mi familia... por medio del señor cónsul. Yo supongo que todos viven. Mi corazón me lo pre-

dice en estos últimos momentos. Me hará el favor de escribirles... que siempre he pensado en ellos... que he trabajado para ellos... para mis hijos... y que mi único dolor es no volverlos a ver más...; pero que he muerto con valor... resignada... bendiciéndoles, y que recomiendo a mi marido... y a mi hijo mayor, al más pequeño a mi pobre Marcos..., a quien he tenido en mi corazón hasta el último momento.» Y, poseída de gran exaltación repentina, gritó, juntando las manos: «¡Mi Marcos!

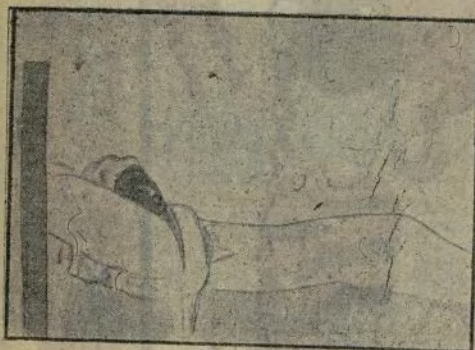
¡Mi pobre ama! ¡Mi vida!... Pero girando los ojos anegados en llanto, vió que su ama no estaba ya a su lado; habían venido a llamarla furtivamente. Buscó al señor; también había desaparecido. No quedaban más que las dos enfermeras y el practicante. En la habitación inmediata se oía rumor de pasos presurosos, murmullo de voces precipitadas y bajas y exclamaciones contenidas. La enferma fijó su vista en la puerta, en ademán de esperar. Al cabo de pocos minutos volvió a pre-



sentarse el médico, con semblante extraño; luego, su señora y el amo, también con las fisonomías visiblemente alteradas. Los tres se quedaron mirando con singular expresión y cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja. Parecióle oír que el médico decía a la señora: «Es mejor en seguida.» La enferma no comprendía. «Josefa—le dijo el ama con voz temblorosa—: tengo que darte una noticia buena. Prepara tu corazón a recibir una buena noticia.» La mujer se quedó mirándola

con fijeza. «Una noticia—continuó la señora cada vez más agitada—que te dará mucha alegría.» La enferma abrió sus ojos desmesuradamente. «Prepárate—prosiguió su ama—a ver una persona a quien quieres mucho.» La mujer levantó la cabeza con ímpetu vigoroso y empezó a mirar a la señora y a la puerta con ojos que despedían fulgores. «Una persona—añadió su ama, palideciendo—que acaba de llegar... inesperadamente.» «¿Quién es?», gritó con la voz sofocada y angustiosa, como llena de

espanto. Un instante después lanzó un agudísimo grito; de un salto se sentó sobre la cama y permaneció inmóvil, con los ojos desencajados y con las manos apretadas contra las sienes, como si se tratase de una aparición sobrehumana. Marcos, lacerado y cubierto de polvo, estaba de pie en el umbral, detenido por el doctor, que le sujetaba por un brazo. La mujer prorrumpió por tres veces: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios mío!» Marcos se lanzó hacia su madre, que extendía sus brazos des-



carnados, apretándole contra su seno como un tigre, rompiendo a reír violentamente y mezclándose a su risa profundos sollozos sin lágrimas, que le hicieron caer rendida y sofocada sobre las almohadas. Pronto se rehizo, sin embargo, gritando como una loca, llena de alegría y besando a su hijo: «¿Cómo estás aquí? ¿Por qué? ¿Eres tú? ¿Cómo has crecido! ¿Quién te ha traído? ¿Estás solo? ¿No estás enfermo? ¿Eres tú, Marcos! ¿No es esto un sueño? ¡Dios mío! ¡Háblame!» Luego, cambiando de

tono repentinamente: «¡No! ¡Calla! ¡Espera!» Y volviéndose hacia el médico: «¡Pronto, en seguida, doctor. Quiero curarme. Estoy dispuesta. No pierda un momento. Llévense a Marcos para que no sufra. ¡Marcos mío, no es nada! Ya me contarás todo. ¡Dame otro beso! ¡Vete! Heme aquí, doctor.» Sacaron a Marcos de la habitación. Los amos y criados salieron en seguida, quedando sólo con la enferma el cirujano y el ayudante, que cerraron la puerta. Un grito agudísimo, como

el de un herido de muerte, resonó de repente por toda la casa. El niño gritó con otro grito horrible y desesperado: «¡Mi madre ha muerto!» El médico se presentó a la puerta y dijo: «Tu madre se ha salvado.» El muchacho le miró un momento, arrojándose luego a sus pies, sollozando. «Gracias, doctor.» Pero el médico le hizo levantar, diciéndole: «¡Levántate!... ¡Eres tú, heroico niño, quien ha salvado a tu madre!»

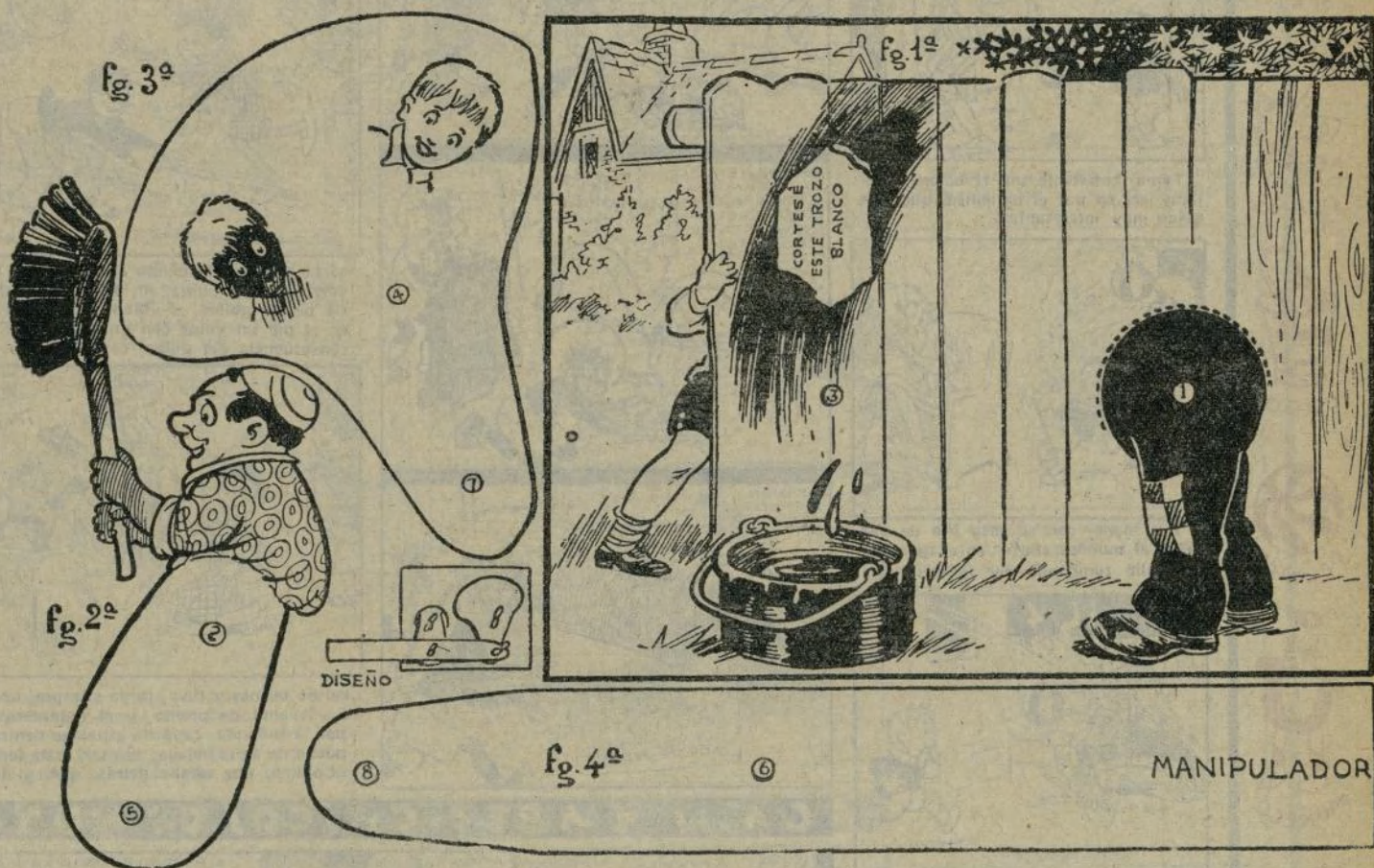
FIN



LOS HIJOS, AUN CON RAZON, JAMAS DEBEN FALTAR EL RESPETO A SUS PADRES

Son incalculables los beneficios que los hijos deben a sus padres. Les deben, después de a Dios, la existencia y además la educación, alimento, vestido, etc. ¿Con qué podrán pagar jamás los hijos a sus padres los desvelos y trabajos que les cuesta criarlos? ¿Cómo podrán pagar jamás los desvelos de una madre con sus hijos? Algunos desgraciadamente olvidan tantos beneficios y pagan con disgustos y rebeldías. Cuentan de un hijo que llevó a su padre ante los tribunales, y el juez le dijo: «Si no tienes razón, serás castigado, y si la tienes, merecías serlo también, por ingrato.» Dios tiene prometido grandes castigos a los hijos que desobedecen y ofenden a sus padres. Los jeroministas han de ser siempre modelos de cariño y respeto para sus padres.

FIGURAS DE MOVIMIENTO

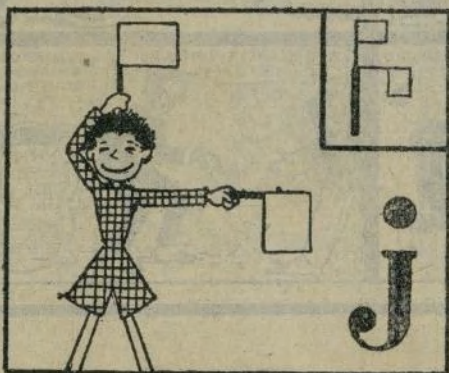


Para armar el dibujo se hace lo siguiente: 1.º Se hace un corte por la línea de puntos que rodea a la figura número 1 y se recorta el espacio blanco, como indica el dibujo. 2.º La parte blanca de la figura segunda se mete por el corte que se dió

en la línea de puntos, de forma que el número 2 coincida por detrás con el 1, sujetándolos con alfiler o alfiler. 3.º La figura tercera se sujeta a la primera por detrás, de forma que coincidan las núme-

ro 3 y 4. 4.º Finalmente, la figura cuarta, o manipulador, se sujeta a la segunda y tercera, de forma que el número 6 coincida con el 5, y el 8 con el 7. Y ya está dispuesto a funcionar.

UTIL Y RECREATIVO



1.º La posición de Jeromín con las banderas indica la letra J.
2.º Sombra chinesca. Un toro.



3.º Con las letras iniciales de las cosas dibujadas, formar el nombre de una capital de España.



Solución del jeroglífico anterior: Granada.

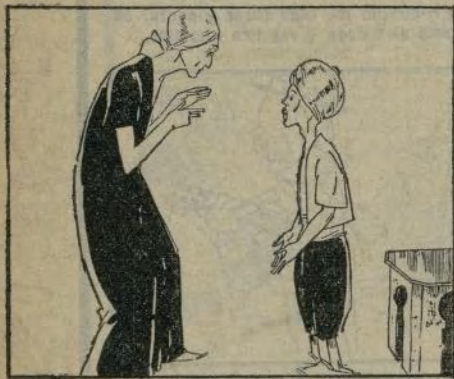


Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LÁMPARA MARAVILLOSA

(Continuación.)

cos, que sean hermosos, de buena estatura y vestidos con todo lujo. Podéis ir a comunicar mis condiciones a vuestro hijo.» La pretendiente se postró ante el Sultán, le hizo una zalema y salió de palacio riéndose de la locura de su hijo y de la imposibilidad de que pudiera conseguir la mano de la princesa. Cuando Aladino se enteró del éxito de la embajada, dijo a su madre: «Bien poco es lo que me pide el Sultán y bien pronto se verá satisfecho. Podéis ir en busca de provisiones, que voy a frotar ahora mismo la lámpara para conseguir lo que deseo.» Mientras la viuda salió a la plaza, Aladino frotó la lámpara maravillosa, y apenas se le presentó el Genio, le dijo: «El Sultán acaba de concederme la mano de su hija; pero me exige que le lleve antes cuarenta fuentes de oro macizo llenas de los frutos del jardín maravilloso. También me exige cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos que sean bien apuestos y estén ricamente vestidos; tráeme todo esto para llevarlo al Sultán hoy mismo.» Desapareció el



Genio, a los pocos momentos vino con todo lo que se le pedía; preguntó a Aladino si deseaba algo más, y como el joven le dijese que no, volvió a desaparecer. Cuando la madre de Aladino vivió de la plaza y vio la brillante comitiva que acompañaba a Aladino, se quedó tan llena de admiración, que no acertó a articular palabra. Su hijo le rogó que acompañase a los esclavos a la presencia del Sultán, y ella así lo hizo, mientras que Aladino esperaba lleno de zozobra la respuesta del monarca. Apenas empezaron los esclavos a desfilar en dirección al palacio, una inmensa muchedumbre se agolpó en las calles para admirar los ricos presentes que llevaban y los hermosos vestidos con que iban adornados. Una vez en palacio, la guardia del Sultán creyó que aquellos hombres eran príncipes, y los soldados se apresuraban a besarles las vestiduras; pero uno de los negros que iban delante, dijo: «Nosotros no somos más que esclavos; nuestro señor vendrá cuando sea tiempo.» El lujo de las estancias regias y las libreas de los servidores del Sultán todo quedó eclipsado ante la riqueza y la magnificencia de los embajadores, los cuales, postrándose a los pies del monarca, depositaron las fuentes de oro con las joyas de que eran portadores, y luego se quedaron de pie, en silencio y con las manos cruzadas. Entonces dijo la madre de Aladino: «Señor, mi hijo Aladino sabe muy bien que estas joyas valen mucho, menos que la hermosura de vuestra hija; mas espera que os dignéis concederle su mano, pues ha cumplido la condición que habéis tenido a bien imponerle. El Sultán, absorto y deslumbrado por la presencia de tanta joya y de tanto lujo, preguntó al Visir si consideraba digno de la princesa Brudulbudura al hombre que le enviaba tan soberano presente. El Visir, que aspiraba a que su hijo fuese el esposo

de la princesa, tuvo que reprimir sus celos y contestó: «Señor, yo creo que ese Aladino es digno de poseer la mano de la princesa, si bien tengo por cierto que no hay en el mundo tesoro que iguale al valor de la hija de vuestra majestad.» Todos los grandes allí presentes demostraron con gran satisfacción que estaban conformes con el parecer del gran Visir y afirmaron que Aladino merecía poseer a la princesa. En virtud de esta unanimidad de pareceres, el Sultán dijo a la viuda: «Podéis ir a participar a vuestro hijo que lo espero con los brazos abiertos.» Luego ordenó el Sultán que los esclavos, con sus presentes, desfilasen por delante de las habitaciones de su hija para que ella admirase las joyas que le ofrecía su futuro esposo. Cuando Aladino supo la grata nueva que le traía su madre, se llenó de júbilo y decidió presentarse en la corte con toda la pompa y todo el esplendor que pudiese; a este fin se retiró a su cuarto, frotó la lámpara, y cuando se le apareció el Genio, le dijo: «Quiero darme un baño perfumado, que proporcione a mi tez la mayor hermosura; después necesito un vestido superior al de los más poderosos reyes, un caballo de la mejor clase y cuyos arreos valgan más de un millón, cuarenta esclavos mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas que traigan cada una de ellas un hermoso y rico vestido para mi madre y, por fin, diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Vete y vuelve pronto.» A los pocos momentos era Aladino dueño de todo lo que había pedido. Dejó a su madre seis mil monedas de oro y las esclavas con los vestidos que habían traído, y mandó a un esclavo para que fuese a decir al Sultán si estaba dispuesto a recibirle, a lo que el Sultán contestó que le esperaba con impaciencia. Organizó el joven la comitiva, haciendo que fuesen delante veinte esclavos arrojando monedas al pueblo y otros veinte detrás que sirviesen de brillante escolta. Los habitantes de la ciudad quedaron admirados de tanta magnificencia y apenas reconocían en Aladino al joven que hacía poco andaba vagando por las calles. Cuando la comitiva llegó a palacio, Aladino quiso apearse a la puerta, pero el

(Continuará.)



La zorra, que tenía mucha hambre, salió al campo en busca de comida. Al pasar por debajo de una parra muy alta, de la que colgaban gordos y hermosos racimos de uvas ya maduras; quiso cogerlas y daba grandes saltos para alcanzarlas, pero por más que hizo no pudo morder un grano. Al fin se marchó muy triste, y para consolarle se decía:

—La verdad es que no vale la pena de cogerlas, porque todavía están verdes.

Muchos menosprecian o no dan importancia con sus palabras a lo que ardientemente desean, pero que no pueden lograr con sus obras.

Ayuntamiento de Madrid



Querí²A qui^{TO}: 1^o ac-
to bueno X que sea 100
BE + que NOTA in^onción D
Oizar gran B cosas. Pi pu
E os habeis D A costumbiar
a R, no a soñar o ima
ginar gran D obras que no E
tán en vu^o t^o poder el NOTA
A lizar El D obrar
P queñas os habilitará
O tras 1

CARTAS DE «JEROMIN»

Queridos amiguitos: Seguramente todos queréis que os aprecien y consideren. Lograrlo es cosa sencillísima. ¿Sabéis cómo? Procediendo siempre con sencillez y nobleza. El que es orgulloso y obra con segundas intenciones, se verá abandonado y despreciado de todos.—JEROMIN.

CONSEJOS DE «JEROMIN»

Sigamos con el tema de los pájaros. Siempre merecen respeto y estimación; pero, sobre todo, en tiempo de los nidos, esto es, cuando están criando. Vamos a ver por qué. Los campos están llenos de insectos, muchos de los cuales son muy perjudiciales a las plantas, y, si se les deja multiplicar, constituyen terribles plagas, que destruyen las cosechas. Tales son, entre otros, esas mariposillas que vuelan en los prados de flor en flor y que atraen vuestra vista por los primorosos colores y dibujos de sus alas. Al parecer son los seres más inocentes e inofensivos que existen, ¿verdad? Pues os equivocáis. Esas mariposas ponen centenares de huevecillos, de los que salen larvas (gusanos, decís vosotros), con más apetito que los chicos al salir del colegio, que devoran cuanto encuentran a mano. En ocasiones destruyen en una temporada y aun en pocos días las más extensas y hermosas plantaciones y aun bosques de pinos, robles y otros árboles. El que esto no ocurra todos los años se debe a los pájaros, a los guardianes del campo, como os he dicho, que las destruyen por miles y miles. Hay una clase de moscas que depositan sus huevos en las frutas (esos gusanos que veis algunas veces en las peras y manzanas, por ejemplo, son hijos de tales moscas, futuras moscas si se les deja desarrollarse); pues bien: cada mosca de esas pone miles de huevos, de forma que cada una de ellas destruye miles de frutos, y como en pocos meses se reproducen varias veces, puede decirse que en una temporada una sola mosca puede destruir toda la fruta de un término municipal. La cosecha de aceitunas se pierde frecuentemente por culpa de la mosca del olivo. Pues bien; durante la cría, los pajarillos, para dar de comer a sus hijitos, destruyen diariamente millones de esos insectos tan perjudiciales. ¿Comprendéis ahora el crimen que supone el destruir nidos y matar pájaros? Los «jeroministas», por lo tanto, en vez de cometer tal crimen, han de ser, por el contrario, entusiastas protectores de los pájaros y defensores de sus nidos.

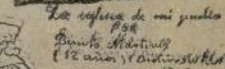
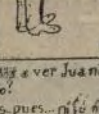
Con ello darán pruebas de cultura y de sentimientos delicados.

AGUSTINA DE ARAGON

La lucha se generalizó; pero fué más encarnizada que en ningún otro punto en el campo llamado *de las Eras*, de donde vino que algunos designaran con este nom-

(La solución en el próximo número.)
Solución del anterior: La pasa.

GALICIA Y MURCIA



Entre ellas, distinguíase por su actividad incansable, tanto como por su vehemente

Los zaragozanos no se durmieron sobre sus laureles; en sustitución de Palafox eligieron un jefe en don Lorenzo Calvo de Rozas, corregidor e intendente de la ciudad, hombre de un exterior frío, pero de un alma fogosa y ardiente, enérgico y sereno, que animó a la población en términos que nadie dejó de cooperar a la obra.

(Continued.)

A black and white illustration of a man and a woman in a garden. The woman is holding a small child, and the man is pushing a stroller with another child. The scene is filled with numbers and dotted lines, suggesting a math activity.

A black and white illustration of a young boy sitting on the ground, looking up at a large, gnarled tree. The background shows a simple building and a landscape with hills and a body of water.

2.º Este niño está jugando con un perro y mira a su mamá. ¿Dónde está el perro y la mamá?

Teléfono 18.491.



Era Pedrito un niño que gustaba de dar largos paseos por el campo. Un día que se alejó más de lo que acostumbraba, acertó a tropezarse con un carro de saltimbanquis, y, espoleado por la curiosidad, se aproximó a él para ver más de cerca a aquella gente. Mas cuál no

sería su asombro al reconocer en la pequeña equilibrista de la, al parecer, exigua compañía, a Antoñita, la hija pequeña de sus convecinos los señores de Berly, que había desaparecido de su casa misteriosamente hacía ya dos años. Inmediatamente se acercó a ella para

comprobar la veracidad de su sospecha, siendo ésta plenamente comprobada. En esto salió un saltimbanqui, que, armado de un palo, hizo a Pedrito poner pies en polvorosa, y una vez conseguido su objeto se dirigió a Antoñita, ordenándole que subiese y no volviese a



salir del carromato. Pedrito, aunque no pudo apenas hablar con Antoñita, coligió de aquel encuentro el secreto de la misteriosa desaparición de su vecinita; en vez de abandonarla a su suerte y marcharse al pueblo para dar la noticia, volvió sobre sus pasos así

que el titiritero subió al carruaje, y se ocultó tras unas matas próximas a él. Pedro temía que los saltimbanquis, sospechando que Antoñita hubiese sido reconocida por él, levantasen el campamento y no se les volviera a ver por la comarca. Largo rato estuvo pensan-

do la forma de libertarla, hasta que pronto se le ocurrió prender fuego a las matas en que se ocultaba y que estaban próximas al carro. De esta manera saldrían los titiriteros a sofocar el fuego, para que no prendiese en el carro, y él mientras tanto salvaría a An-



toñita, valiéndose para huir del escuálido jamelgo que tiraba del carro. Efectivamente, todo le salió como lo había pensado. Aprovechando el momento que juzgó más oportuno, abandonó su escondite y se dirigió a todo correr al carro, y abriendo la puerta hizo salir a Antoñita, que, llena de júbilo, saltó a los brazos que la tendía su pequeño

salvador. Unos segundos de tardanza hubieran bastado para frustrar los planes de Pedrito, pues los saltimbanquis, que advirtieron la celada que tan donosamente les habían tendido, salieron en persecución de nuestros héroes, que apenas tuvieron el tiempo suficiente para saltar sobre el caballo y partir a todo galope. Poco después, al cabo de me-

dia hora, llegaban a la puerta de los padres de Antoñita, que, locos de contento, no daban crédito a lo que veían sus ojos, pues ya daban a su hijita como definitivamente perdida. Pedrito, por su parte, estaba también muy contento, pues sentía dentro de sí la satisfacción del deber cumplido.

FIN

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Ahora, bien estirada en unos palos, ponedla a secar al sol, y para que no se agasane, dos de vosotros, con unos plu-

meros, estareis espantando todas las moscas hasta que esté bien seca. Ahora necesito que me hagáis una cuerda muy

larga y resistente. Conque a buscar a escape los materiales, mientras yo como. (Continuará.)